

---

E L  
R E Y  
D E  
A M A R I L L O

---





# Acto I

*(Un balcón del palacio en Hastur, contemplando el Lago de Hali, el cual se extiende hasta el horizonte, indistinto, vacío de movimiento y cubierto por una leve bruma. Los dos oscuros soles se hunden hacia la superficie desprovista de olas.)*

*(La arquitectura del balcón es ostentosa, pero erosionada por el tiempo. Varios bloques de roca han caído del artesonado, y yacen en abandono.)*

*(Casilda, una Reina, descansa en un diván contemplando el Lago, dando vueltas entre sus manos a un ornamento esmaltado. Un sirviente entra y le ofrece una bandeja, pero se encuentra extrañamente vacía: un trozo de pan, una jarra. Ella mira un momento sin esperanza y le despide con un gesto vago. El sirviente se va.)*

*(Entra el Príncipe Uoht, un joven aún no en su segundo millón.)*

Uoht: Buen día, madre.

Casilda: Adiós, día.

Uoht: Habéis estado viendo Carcosa de nuevo.

Casilda: No ... nadie puede ver Carcosa antes de la salida de las Híadas. Sólo estaba mirando el Lago de Hali. Devora tantos soles.

Uoht: Y lo veréis devorar muchos más aún.  
Estas nieblas son nocivas para vos; permean todo cuanto tocan. Venid adentro.

Casilda: No, aún no.  
No temo a un poco más de bruma; tampoco,

a un poco más de tiempo. He visto ciertamente mucho de ambas cosas.

Uoht: ¡Este sitio interminable!  
Quiera el Lago devorar Alar por una vez,  
en lugar de los soles.

Casilda: Ni aun Hali  
puede eso hacer, dado que Alar se asienta junto a  
Dehme,  
que es otro lago bien distinto.

Uoht: Un lago  
es como otro; agua y niebla, niebla y agua.  
Si Hastur y Alar cambiaran sitios entre lunas,  
nadie lo sabría. Son las dos ciudades  
peor situadas del mundo.

Casilda: Necesariamente,  
pues son las dos únicas.

Uoht: Salvo Carcosa.  
¿... y bien?

Casilda: No estoy segura, mi Príncipe,  
de que Carcosa esté en el mundo. En todo caso,  
es de seguro vano hablar de ello.

(Camila, una Princesa, entra, y titubea.)

*¿Quizás otro plano  
de existencia? Los  
C.A. no lo aclaran...*

Camila: Oh. Yo...

Casilda: Entrad, Camila, y oídnos.  
No hay ya más secretos. Todo  
se ha vuelto descarnado, enflaquecido, y el Tiempo  
ya no es más.

*(Entra Thale, el Príncipe menor.)*

Thale:           ¿Otro aforismo, Madre?

Casilda:        Si os place  
                  llamarlo así, Príncipe Thale. En cuanto a mí,  
                  soy sólo una Reina; puedo ser mofada.

Thale:           Mas no, no quise ...

Uoht:           Mofa o no,  
                  El Príncipe está en lo cierto. El Tiempo no deja  
                  de ser. Es paradoja.

Casilda:        El Tiempo cesa,  
                  mi Uoht, cuando habéis escuchado toda posible  
                  banalidad  
                  todo número posible de veces. ¿Cuándo acaso  
                  ha ocurrido algo nuevo en Hastur, decid?  
                  ¿Cualquier palabra nueva, cualquier nuevo suceso?  
                  El sitio, como justa y repetidamente observáis,  
                  es bien interminable, y ello es así.  
                  Ni Hastur ni Alar podrán prevalecer.  
                  Ambos seremos consumidos lentamente a las  
                  cenizas ...  
                  o al tedio, lo que primero triunfe. Ah,  
                  lo lamento por vos, Uoht, mas me temo  
                  que sólo me recordáis que no hay futuro  
                  en ser humano. Incluso infante,  
                  ya érais aburrido.

Uoht:           Podéis decir  
                  lo que queráis de mí, también, pues la realeza  
                  tiene desde luego sus privilegios. Es igual,  
                  no todo el tiempo está detrás, Casilda,  
                  está en vuestro poder el cambiar cosas,  
                  si no estuvierais tan fatigada de nosotros, y de vos.

Casilda: Oh. ¿Hemos de hablar de la Sucesión, de nuevo?  
Nada es banal como las dinastías.

Thale: Madre, ¿debe la Dinastía morir, tan sólo porque vos  
os sentís aburrída?  
Tan sólo una palabra vuestra, y las Primeras Cosas  
se alzarían de nuevo. Fuera cualquiera vuestra  
actitud, ni Alar podría resistir antes ellas; vos lo  
sabéis.

Sería ... sería un acto misericordioso y pío,  
para las gentes.

Casilda: ¡Las gentes! ¿Quiénes son?  
Os preocupáis del pueblo tan poco como Uoht.  
Thale, conozco vuestra alma, al igual que la suya.  
Todo cuanto es el Escápulo no es más para vosotros  
que vuestra hermana. No hay otra recompensa  
por ser un Rey en Hastur. De las Primeras Cosas,  
ya basta. Nada radian sino la Noche.

Thale: Camila me ama.

Uoht: ¡Mentís!

Casilda: ¿Camila?

Uoht: Preguntadle, si osáis.

Thale: ¿Quién osaría,  
sin el Escápulo? No sois tan temerario, Uoht.  
Decidme, ¿habéis visto el Signo Amarillo?

Uoht: Detened vuestra lengua.

Casilda: Detened vuestra querella,  
también ... cuán vana arrogancia ... yo le preguntaré.

Camila: No deseo ser preguntada aún, Madre.

Casilda: ¿No? Camila, vos podríais tomar el Escápulo.  
Entonces escogeríais vuestra parte entre los  
hermanos,  
y ello traería un fin a todos los problemas.  
Ved cómo os tiento. La Dinastía podrá continuar,  
libre os veríais de toda esta funesta connivencia.  
Quizás, incluso, el sitio terminara ...  
¡Hablad, Camila, pues!

Camila: No, no. Os lo ruego.  
No podéis ofrecerme el Escápulo a mí. *¿Esto es una  
referencia a la  
Maldición?*  
Jamás lo tomaré.

Casilda: ¿Por qué razón?

Camila: Recibiría entonces el Signo Amarillo.

Casilda: Posiblemente, si las Runas han de ser creídas.  
Mas, ¿acaso ello sería tan terrible?  
Decid, Camila, ¿qué cosa, después de todo, ocurre  
cuando uno recibe el Signo Amarillo?

Camila: *(susurrando)* Vienen ... vienen por él.

Casilda: Eso dicen.  
No lo he visto ocurrir. Mas supongamos  
que ocurre. ¿Quién viene por él?

Camila: El Fantasma de la Verdad.

Casilda: ¿Y qué es ello?

Camila: Os lo ruego. Lo ignoro.

Casilda: No sé más que vos. Mas suponed, Camila,  
sea lo que fuere, que sea real quizá.  
¿Qué de ello entonces? ¿Os aterra?

Camila:               Sí, Madre.

Casilda:             De acuerdo. Si es tal caso,  
ofreceré el Escápulo a uno de tus hermanos,  
y acabará esta vana disputa de uno u otro modo.

                          Tan sólo habréis de elegir entre ellos, tal como son,  
y me complacerá daros unos esponsales  
de estado, con gran fausto.  
Elo sería una novedad, aunque fuere  
mezquina y ruidosa como tal.

Uoht:                Sabia decisión.

Thale:               Y nada pequeña, Madre.

Camila:             Pero, Madre, hay algo nuevo;  
no serán necesarios esponsales aún.  
Es cuanto vine a deciros, justo antes  
de que la vieja disputa comenzara otra vez.

Casilda:            ¿Y qué es ello?

Camila:             Madre, hay un extraño en la ciudad.

Casilda:            ¡Un extraño! Oh dios vivo, escuchad esto.  
Todos tenéis las brumas de Hali en la cabeza.  
Conozco toda faz en Hastur, y en Alar, también.  
Camila, ¿cuántos habitantes crees que existen  
en el mundo vivo? Unos meros puñados,  
y los he visto a todos.

Camila:             Éste es nuevo en Hastur.

Casilda:            Nadie, nadie en nuestros días anda en Hastur  
sino el sepulturero. Los sensatos  
esconden sus rostros incluso de ellos mismos.



Camila: Mas en efecto. No podéis ver su faz.  
Va enmascarado.

Casilda: Oh. ¡Cubierta con un velo, o una capucha?

Camila: Ninguna de ambas. Lleva otro rostro.  
Una alba máscara ... más nivea que las brumas.  
Sus ojos son vacíos, sin expresión alguna.

Casilda: Es, en toda consciencia, asaz extraño.  
¿Cómo lo explica?

Camila: A nadie habla.

Casilda: Pues he de verle. A mí ha de hablarme.  
Todos lo hacen; y entonces se mostrará sin máscara.

Uoht: Pero, Madre, esto es sólo un capricho;  
no ha de tener momento en el árbol del tiempo.  
Si tan sólo Camila decidiera ...

Thale: Y volviese a traer la Sucesión ...

Casilda: *(Colocándose el ornamento)*  
Hablabamos de ello en algún otro instante.  
Id ahora por Naotalba, y el extraño  
en la máscara pálida. Camila no desea  
escoger ahora, no más que yo.

Thule: Se acaba el tiempo. No ha habido Rey  
en Hastur desde el último Aldones ...

Casilda: No me contéis de nuevo la historia del Rey Último.  
¡Oh, cuán enferma, enferma estoy de todos!  
Ahora os digo, no me importunéis más.  
¡No habrá más Rey en Hastur hasta el  
Rey de Amarillo!

*(Hay un tenso y aterrado silencio. Nadie habla ni se mueve. Después, Uoh y Thale salen, sumisos y con cara de espanto. Casilda se recuesta de nuevo, exhausta y pensativa.)*

*(Entra un niño, con dedos enjorados, llevando un duplicado pequeño del ornamento.)*

Niño: Contadme una historia.

Casilda: Ahora no.

Niño: Os lo ruego, contadme una historia. Por favor.

Casilda: Es inoportuno pedir ahora una historia.

Niño: *(amenazadoramente)* ¿Abuela?

*(Casilda suspira con resignación. No mira al niño.)*

Casilda: Hubo una vez ...

Niño: Eso es mejor.

Casilda: ... dos lagos en el corazón de Byakhee,  
llamados Dehme y Hali.  
Durante millones de años yacieron allí  
sin que nadie hubiera para verlos,  
mientras extrañas criaturas mordían sus  
superficies.

Entonces, apareció una ciudad al lado del Lago de  
Hali ...

*(Durante el curso de esta escena, los soles se ponen. Al otro lado del horizonte, las Híadas se empiezan a ver, ligeramente emborronadas por la bruma).*

Niño: Eso no es una historia, es sólo Historia.

Casilda: Es la única historia que hay.  
Más aún, si guardáis silencio, os contaré  
aquello que hay en las Runas. ¿De acuerdo?

Niño: ¡Oh, bien! No me está permitido saber qué hay en  
las Runas.

Casilda: Tal cosa ya no importa. Mas sigamos:  
La ciudad tenía cuatro singularidades.  
*Las Runas:  
¿Quizás una  
primera versión  
del F.X.? Los  
C. A. hacen  
referencia a él.* La primera singularidad era que aparecía tan sólo por  
la noche.  
La segunda singularidad era que no se podía decir  
si la ciudad se erigía sobre las aguas, o más allá de  
ellas  
en la otra orilla invisible.  
La tercera singularidad era que si la luna salía,  
las torres de la ciudad aparentaban estar detrás de  
ella,  
y no delante.  
¿Debo continuar?

Niño: Desde luego. Ya conozco eso.

Casilda: Desafortunado Príncipe.  
Bien pues, la cuarta singularidad era que en cuanto  
alguien miraba a la ciudad, de inmediato conocía su  
nombre.

Niño: Carcosa.

Casilda: Incluso hoy.  
Y tras largo tiempo, llegaron los hombres a los lagos

y construyeron cabañas de barro.  
Las cabañas crecieron y se convirtieron con el tiempo  
en la ciudad de Hastur.  
Y pronto hubo un hombre que fue proclamado  
Rey en Hastur.

Niño: Aldones. Mi abuelo.

Casilda: Sí, eones ha.  
Y decretó que todos los reyes en Hastur en adelante  
deberán llevar su nombre.  
Hizo la promesa de que si la Dinastía era mantenida,  
algún día Hastur sería tan grande como Carcosa  
al otro lado de las aguas.

Niño: Gracias. Es suficiente.

Casilda: No, no es suficiente. Esa noche alguien escuchó sus  
palabras.  
Habéis pedido la historia, y ahora debéis oírla hasta el  
final.

Niño: Ahora debo irme. He olvidado algo.

Casilda: (*Con ojos cerrados*) Y aquella misma noche,  
encontró el Signo Amarillo.

*(El niño huye, lleno de pavor. Casilda abre los ojos de nuevo y vuelve a  
contemplar el Lago. Entra un paje con una antorcha, la fija en su lugar en la  
pared, y sale de nuevo. Casilda no se inmuta.)*

*(En la penumbra, entra Naotalba, un sacerdote.)*

Naotalba: Mi Reina.

Casilda: Mi sacerdote.

Naotalba:       Habéis obviado la quinta singularidad.

Casilda:        Y vuestra curiosidad es insaciable.  
                       No es propio escuchar conversación ajena.  
                       No me sorprende, empero. En todo caso,  
                       no es mencionable el Misterio de las Híadas  
                       a un niño.

Naotalba:        No. Pero vos pensáis en él.

Casilda:        No. Todos hoy me imputáis filosofía.  
                       No soy tan pensativa. Es sólo que las sombras  
                       de los pensamientos de los hombres  
                       son largas en el atardecer.  
                       La noche es noche.

Naotalba:        Los largos pensamientos tienen largas sombras  
                       cualquier hora en el día.

Casilda:        Y la falta de nuevas es buena nueva.  
                       Os lo ruego, Naotalba, ¿vos también  
                       habéis de enterrarme en banalidades?  
                       Lo próximo, me hablaréis de la Sucesión.

Naotalba:        De hecho, nada está más alejado de mi mente.

Casilda:        Buen lugar para nada.

Naotalba:        Me place oíros hacer broma. Sin embargo,  
                       tengo algo que anunciaros.

Casilda:        ¿El hombre en la máscara pálida?

Naotalba:        Habéis oído.  
                       Bien. Seré pues breve.

Casilda:        Bien.

Naotalba:        No os aconsejo el verle.

Casilda: ¡Cómo!  
 ¡Nada podrá evitarlo! ¿Acaso pensáis  
 que renunciaré a la única novedad en la historia  
 de los hombres, tal como es? Poco me conocéis.

Naotalba: Demasiado, más que vos misma.

Casilda: Y nada es más cierto salvo la muerte y ...  
 ¡Oh dios vivo!

Naotalba: ¿Decíais?

Casilda: Ignoradme.  
 ¿Por qué motivo no debería verle?

Naotalba: En modo alguno es firme que sea un hombre.  
 Y si lo es, tal caso, será espía de Alar.

*(Hay un largo silencio, que dura varios minutos, como si algo hubiera interrumpido la acción; ambos, Casilda y Naotalba, permanecen absolutamente inmóviles durante el lapso. A continuación, su diálogo se reanuda, como si ninguno de los dos fuera consciente de la interrupción.)*

Casilda: Pobre espía será, pues, tan conspicuo.  
 Y pobre sacerdote, pues, ¿qué hay  
 de Alar que ya no conozcamos? Es eso  
 por lo que estamos enquistados en la guerra;  
 es eso por lo que este sitio no termina.  
 Sabemos todo. Cayese alguna roca  
 en Alar de la que nada oyera, terminaría  
 la guerra; y Aldones, pobre hombre,  
 está en el mismo cuadro.

Mas me conoce, y le conozco, y es ése  
 el fin de esta materia. Moriremos  
 atragantados en la familiaridad, él y yo,

yaciendo en misma tumba, medidores  
del pelo y uñas del otro, esperando  
encontrar una ventaja aun en la muerte.  
¿Por qué habría él de enviar espías? No es sino el  
padre  
de mis cansinos hijos, y arquitecto  
de mi miserable ciudad. Oh, Naotalba, cómo  
desearía poder decirle algo que él no conociera.  
Moriría de júbilo, y Alar se hundiría  
en los Lagos ... ¡y Hastur viviría!

Naotalba: Quizá. Tenéis la novedad en alta estima.  
Más que yo, desde luego; pero pienso  
que esta criatura de la máscara  
no es un espía. ¿Os sorprende esto? Pero no;  
sólo traté con posibilidades. Dije "si lo es".

Casilda: (*haciendo un breve gesto de impaciencia*)  
Está bien, os lo concedo. ¿Qué es lo peor?

Naotalba: Podría ser el Fantasma de la Verdad.  
Sólo fantasmas visten de tanto blanco.

Casilda: (*lentamente*) Oh. Oh.  
¿Llegó el momento? Ya veo. Fue pues sabio  
abortar la Dinastía, después de todo.  
No soy sabia a menudo. Pero acaso  
cualquier final sea un buen final ... si en efecto  
termina con las cosas conocidas. Así pues ...  
Naotalba.

Naotalba: Decidme.

Casilda: No he visto ni encontrado  
el Signo.

Naotalba: (*indulgente*) Por supuesto que no, o me lo habríais  
dicho.

Pero no podemos estar seguros de que  
siempre sea enviado el Signo.

El remitente ...

*(Se calla. Casilda, percibiendo que ahora tiene la ventaja, sonríe sin piedad).*

Casilda: ... es el Rey de Amarillo.

Naotalba: Bien ... en efecto. Él, pues, avisa,  
tal y como avisó al primer Aldones.  
No sabemos de él apenas nada  
aparte de esto. Y no debiéramos  
desear saberlo.

Casilda: ¿Por qué no?  
Quizás ya no exista.

*(Naotalba esconde abruptamente su cara detrás de sus manos.)*

O bien esté ocupado en Carcosa, o  
haya olvidado el Signo. ¿Por qué no? Se nos enseña  
que en cuanto al Signo Amarillo, toda cosa  
pudiera ser posible.

Naotalba: *(mostrando su cara de nuevo)*  
No os he escuchado. No habéis hablado.

Casilda: Tan sólo hablé de vuestra idea, sacerdote ...  
que el personaje de la máscara pálida  
sea el Fantasma de la Verdad, aunque yo  
no haya hallado aún el Signo, no más que vos.  
Era esto lo que decíais, ¿no es así?  
Permaneced en silencio si os complace.



El riesgo es mío, y mía la batalla.  
Mi decisión es clara. Acepto el riesgo.

Naotalba: ¡Blasfemia!

Casilda: ¿Es un dios el Rey? Yo no lo creo.  
Mientras tanto, Naotalba, me gustaría  
contemplar el rostro de la Verdad. De cierto  
que ha de ser notable. Me he enfrentado  
a todo otro fantasma en este mundo;  
traed, pues, este espectro a mi presencia.

*(Naotalba sale.)*

*(El Extraño entra. Lleva una túnica de seda clara en la que se encuentra  
bordado un enorme Signo amarillo: un solo carácter en ninguna escritura humana,  
en oro sobre un fondo circular negro. La Reina se vuelve a mirarle, y entonces,  
con un movimiento breve y violento, arranca la antorcha de su lugar en la pared  
y la arroja por la ventana del balcón al Lago. Ahora la escena sólo está  
iluminada por la luz de las estrellas.)*

Casilda: ¡No os he visto! ¡No os he visto!

Extraño: Hacéis eco de vuestro sacerdote.  
Si sois ciegos y sordos, es por propia elección.

Casilda: Yo ... supongo que es ya tarde  
para el temor. Así pues, no lo poseo.

Extraño: Bien hablado, Reina. De hecho no hay  
ninguna cosa ahora que temer.

Casilda: Por favor,  
Fantasma, habladme claro. Lleváis el Signo.

Extraño: ¿Cómo podéis estar segura de ello?  
Vos jamás habíais contemplado  
el Signo Amarillo.

Casilda: Oh, lo sé, lo sé, pues el Signo  
está en la Sangre. He aquí por qué  
*¿Referencia a la* aborté la Dinastía. Ninguna Sangre debiera  
*Maldición?* llevar tal carga y tal conocimiento  
al corazón humano; ningún chirrido  
de dientes en los niños; ningún llanto  
compungido en la noche.

Extraño: Aceptáis hechos. Tal es un buen comienzo.  
Muy bien, pues; sí, éste es de hecho el Signo.  
Sin embargo, Casilda ...

Casilda: Majestad para vos.

Extraño: ... Casilda, nada hay que temer.  
Ved cómo impunemente yo lo llevo puesto.  
Estad asegurada: carece de poderes.

Casilda: ¿Es eso ... la verdad?

Extraño: Más bien la sombra  
que arroja una verdad. Y nada más  
nos ha salvaguardado, digna Reina.  
Esto es por qué soy blanco: para guardarme  
de tales sombras coloreadas. La Máscara Pálida  
es protección ... y os ha de proteger.

Casilda: Mas ¿cómo?

Extraño: Engaña. Tal es la función de una máscara.  
¿Qué más podría haber?

Casilda: Habláis enigmas.  
No parecéis amigo de respuestas

Extraño:       claras y firmes.  
                   No hay tales respuestas.  
                   Pero yo os digo: aquellos que llevaren sobre sí  
                   la Máscara Pálida, no habrán de temer nunca  
                   al Signo Amarillo. Tembláis. Al mismo tiempo,  
                   mi Reina, esa era acaba. ¿Qué otra cosa  
                   necesitáis saber? Ahora la Dinastía  
                   puede empezar de nuevo; de nuevo puede haber  
                   rey en Hastur; y de nuevo, Casilda, las Primeras  
 Cosas  
                   podrán montar el cielo hacia las Híadas.  
                   El sitio acabaría. Y el futuro  
                   de la Humanidad podría ser devuelto.  
 Casilda:       ¡Tales sueños!  
 Extraño:       Llevad la Máscara tan sólo, y se os conceden.  
                   No se requiere otra cosa de nosotros.  
 Casilda:       ¿Quién me lo dice?  
 Extraño:       Yhtill me llaman.  
 Casilda:       Eso es tan sólo Alarano para "Extraño".  
 Extraño:       Aldones  
                   es tan sólo Hasturita para "Padre". ¿Y bien?  
 Casilda:       Más amargos vuestros hechos son que los misterios.  
                   ¿Y que habrá de ocurriros a vos, Yhtill,  
                   a vos que mostráis el Signo infame en vuestras ropas,  
                   una vez que este Signo sea redamado?  
 Extraño:       Nada.  
                   ¿Qué ha tenido Carcosa que ver  
                   acaso alguna vez con los humanos,  
                   desde que todos morábais en cabañas  
                   hechas de barro? El Rey de Amarillo

tiene otras cuitas, más sobrenaturales,  
y una vez que lleváis la Máscara Pálida  
tales cuitas no os conciernen, y es más,  
no puede veros.  
¿Acaso tenéis dudas? Pues miradlo  
con vuestros propios ojos, contemplad  
que Carcosa no está sobre este mundo.  
Es quizás, irreal, o no tan real  
como vos y yo. De cierto  
que el Dios Vivo no cree en ella. ¿Por qué  
habríais de creer vos, decidme, acaso?

Casilda: Sois plausible, vos en vuestra máscara. Habláis  
como si conocierais al Dios Vivo. ¿También  
escucháis el canto de las Híadas  
en el atardecer del universo?

Extraño: No lo hago. Eso es algo que al Rey  
de Amarillo concierne, no a mí. No tengo  
interés en tales ocurrencias.

Casilda: *(recuperando parte de su aplomo)* Os diría:  
¿cómo puedo confiar en tales cosas?  
estas respuestas que me proporcionáis  
son sencillas; si tan sólo fuera acaso  
que ocultando mi faz tras una máscara  
acabaran mis cuitas, ah, me suena  
como respuesta sospechosamente cómoda.

Extraño: Queda intentarlo.

Casilda: Y morir. Os lo agradezco.

Extraño: Yo no os matara, ni a mí; lo que propongo  
es una mascarada, si me disculpáis  
el juego de palabras. Todos llevarían  
exactamente lo que quisieren, excepto que  
llevarían además la Máscara Pálida. Y yo mismo

llevaré el Signo Amarillo, tal y como  
estoy haciendo ahora. Cuando vos  
os veáis convencida, pues, las máscaras  
caerán, y anunciar podréis la Sucesión,  
con seguridad perfecta.

Casilda: Oh, claro.  
Y entonces el Rey baja.

Extraño: Y si el Rey  
bajara en tal instante, todo acaba,  
y yo pierdo mi apuesta. Salvo la vida,  
nada tengo que perder; vos tenéis más.  
Pero si el Rey no baja, ¿qué ha de ser?  
¡Pensad! Desnaturalizado  
el Signo Amarillo, la vida de los hombres  
llena otra vez de sentido y dirección,  
la esperanza floreciendo de nuevo por doquiera,  
el Fantasma de la Verdad vencido para siempre,  
y la Dinastía libre del miedo de Carcosa  
y de los monstruos que acaso allí moraren,  
libre del miedo del Rey de Amarillo  
y sus inhumanos, sofocantes, harapientos ropajes.

Casilda: ¡Oh Dios Vivo! ¿Cómo osaría creerlos?

Extraño: No osaría no hacerlo ...

*(Durante esta conversación, la luna ha comenzado a salir lentamente, contraria a la dirección del crepúsculo, y las estrellas se apagan en cierta medida, aunque no llegan a desaparecer. Largas olas de nubes comienzan a atravesar la superficie del Lago de Hali, el cual comienza a suspirar y a alzarse. Surge una fina niebla. El Extraño y Casilda se contemplan fijamente en un amanecer y anochecer de complicidad y odio.)*

Casilda: ¿No osaría?

Extraño:           ¿Yo, que soy Casilda, yo, siendo quien soy?  
Así es, pues, Casilda, si nada arriesgáis,  
lo arriesgáis todo. Tal es la regla primera del  
gobierno. Y, también, Casilda, porque  
en el fondo de vuestro antiguo corazón  
amáis a vuestros hijos.

Casilda:           ¡Sois un demonio!  
He sido descubierta.

Extraño:           Para ello vine.  
Muy bien, pues. Os veré mañana,  
tras el anochecer. Llevad la Máscara,  
y se os abrirán los ojos, y nada detendrá  
vuestros oídos. Buenas noches.

Casilda:           Lamentaréis esto, si sois humano.

Extraño:           Del todo.  
Adiós, mi Reina.

*(El extraño sale. Casilda se lleva la mano al pecho y encuentra que no lleva puesto ya el ornamento. Lo busca por la sala, y finalmente lo encuentra entre los cojines. Comienza a colocárselo, pero se detiene; se dirige al balcón y se para a contemplar el Lago, dándole vueltas entre los dedos. Las luces se atenúan aún más.)*

*(La niebla se alza a la luz de la luna: las estrellas desaparecen. En el horizonte, aparentemente a flote sobre el Lago de Hali, aparecen las torres de Carcosa, altas y sin luz. En centro de la ciudad se distingue como detrás de la luna, la cual parece dar la sensación de estar goteando sangre blanca en el lago.)*

*(Entra Naotalba.)*

Naotalba:          Buenas noches, entonces.  
¿Le habéis visto?

Casilda: Eso ... eso creo.

Naotalba: ¿Y?

Casilda: Dice ... dice que el Rey de Amarillo  
podría ser cegado.

Naotalba: Y vos le habéis creído.  
Ahora, sin duda, estamos todos locos.

(Telón.)

*Los C. A. mencionan la  
Traición.  
La trampa está tendida. Esto  
ES historia.*

## Acto II

*(Aparece el Niño delante del telón.)*

Niño: No soy el Prólogo, ni el Epílogo;  
llamadme el Prototafio, pues. Mi rol es éste:  
deciros que es ahora es tarde para cerrar el libro  
o salir del teatro. Habéis considerado  
hacerlo antes de ahora, pero aquí estáis.

¡Cuán inofensivo es todo! No hay ningún  
compromiso de principios, ninguna moraleja,  
doctrina o credo promulgados en las páginas  
prístinas que pasan; no hay convicciones  
ultrajadas u ocultas ... mas el golpe ha caído,  
y es tarde ahora. ¿Y acaso debería nombrar  
dónde el pecado yace? Está en vosotros.

Nos habéis escuchado; y al mismo tiempo  
habéis permanecido al ver el Signo. Ahora  
sois todos nuestros, o, dado que las Runas  
también se leen al revés, somos vuestros ... para  
siempre.

*(Cae la oscuridad mientras el telón sube. Tras una pausa, se oyen unos acordes  
suaves de música, y la voz de Casilda se oye cantando.)*

Casilda: Rompen olas de niebla en orillas de hielo,  
Y los soles gemelos descienden desde el cielo,  
Las sombras ya se alargan  
en Carcosa.



Extrañas las estrellas en esta noche oscura,  
Extraña luna surge con claridad impura,  
Mas mucho más extraña aún  
es Carcosa.

Canciones que en las Híadas resuenan para el Rey,  
Donde aletean muertos harapos que son ley,  
Se apagan lentamente  
hacia Carcosa.

Aunque el alma esté viva, mi voz se habrá quebrado,  
El eco muerto de una canción que no he cantado,  
Lágrima que está seca  
por Carcosa.

*(Un murmullo de voces y música surge por detrás del último verso. Las luces se encienden para revelar el frente del escenario, que se ha convertido en un salón de baile repleto de gente, con el balcón al fondo. El Extraño y todos los Hasturitas se encuentran presentes; éstos llevan máscaras de color blanco con la faz del Extraño, a las que el gusto individual ha dotado de variaciones grotescas. El resultado es que cada máscara se asemeja al rostro de una persona famosa. Los trajes son también variados y fantásticos. El Extraño lleva aún la túnica de seda con el Signo Amarillo, y Casilda, aunque enmascarada, aún lleva el ornamento, así como el Niño. Muchos están danzando a un compás formal, un cruce entre una zarabanda y los movimientos de un predador.)*

*(Camila está hablando con el Extraño, al frente a la izquierda. Casilda contempla la mascarada desde el balcón, con Carcosa y las Híadas detrás de ella; la luna se ha desvanecido.)*

Extraño: Y bien, Princesa, podéis ver que no ha habido emisario alguno, y no lo habrá.

La Máscara Pálida es el disfraz perfecto.

Camila: ¿Como se reconocería a un emisario?

*(Casilda desciende y se une a ellos.)*

Extraño: El mensajero del Rey conduce un carro fúnebre.

Casilda: Oh, y media población de Hastur lo hace.  
Es la más popular ocupación en la ciudad  
desde que el sitio comenzara. Todo es charla.

Extraño: He escuchado lo que hablan los Habladores,  
el discurso del principio y el final,  
mas yo no hablo de principios ni finales.

Camila: Pero ... ¿el mensajero? Oigamos.  
Es más,  
el mensajero del Rey es un hombre blando.

Camila: ¿Atendería mis ruegos?

Extraño: Al contrario.  
Me he explicado mal. Quise decir  
que si os saludase con su mano abierta,  
alguno de sus dedos pasaría  
a unirse a los vuestros.

*(Camila hace un gesto de delicado asco y se retira. Naotalba, quien ha estado  
moviéndose en círculos progresivamente más cerca del grupo, se les une ahora.)*

Naotalba: Bella historia.  
Parecéis conocer todo. Pienso quizás,  
que podríais decirnos, habiendo suficiente  
oro mediante, el Misterio de las Híadas.

Extraño: Él es Rey allí.

Naotalba: Y en toda parte. Es sabido.

Extraño: No es Rey en Aldebarán. He ahí por qué Carcosa fue construida. En el exilio. Hay guerra en las estrellas, profunda, igual que en Hastur y en Alar.

Naotalba: Oh, desde luego.  
¿Quién pues vive en Carcosa?

Extraño: Nada humano. *Nada humano ahora, quizás lo fue en su día...*  
Más que esto, no puedo ya deciros.

Naotalba: Vuestras fuentes de invención se ven agotadas de pronto. Sospechoso.

Casilda: Callad.  
Extraño, decid, ¿cómo de esto sabéis?

Extraño: Vengo de Aldebarán. Es mi sigila.

Naotalba: Sigila que vos mismo mofáis, pues es el Signo lo que se encuentra mostrado en vuestras ropas; signo que es Suyo, signo que vanamente mostráis al mundo haciendo de él escarnio.

Pero yo os digo: Él no será mofado. Es Rey ante el que se han inclinado Emperadores; tal es por qué desdeña una corona. Está todo escrito en las Runas.

Extraño: Gran verdad hay en las Runas. Sin embargo, sacerdote, Aldebarán es su estrella enemiga. De allí procede la Máscara Pálida.

Naotalba: Posible es, posible. Mas yo preferiría encontrarme en las profundidades blanquecinas de Dehme, antes que llevar aquello que mostráis en vuestras ropas. Cuando el Rey abra su manto ...

*(En algún lugar del palacio, un gong resuena profundamente varias veces.)*

Casilda: Es ya hora ...  
Ahora es el tiempo que nunca creí vivir;  
Debo ir allá, y anunciar la Sucesión.  
Quizás ... quizás el mundo en sí  
sea capaz de comenzar de nuevo.  
¡Cuán extraño!

*(Mientras el gong resuena, todos comienzan a quitarse las máscaras. Hay murmullos y gestos de sorpresa, reales o educadamente fingidos, mientras se revela o reconoce la identidad de los asistentes. Suenan después algunas risas. La música sube un poco en volumen y en tempo.)*

Camila: Vos, señor, deberíais quitaros la máscara.

Extraño: ¿Es así?

Camila: De cierto, es ya hora. Todos hemos  
dejado el disfraz salvo vos.

Extraño: No llevo máscara.

Camila: ¿No lleva máscara? (*A Casilda*) ¡No lleva máscara!

Extraño: La llevo y no la llevo; porque yo,  
soy la Máscara Pálida en sí misma. Yo, yo, yo  
soy el Fantasma de la Verdad. Vengo de Alar.

Mi estrella es Aldebarán. La Verdad es mi  
invención, nuestra arma de guerra. Y podéis ver ...  
mediante el Signo os hemos conquistado,  
y el sitio interminable ya termina...

*(En el horizonte, se puede ver una sombra oscureciendo brevemente las torres de Carcosa.)*

Naotalba:       *(señalando)* ¡Mirad, mirad! ¡Carcosa! ¡Viene! ¡Viene!

*(El Extraño ríe ominosamente y agarra a Camila por las muñecas.)*

Camila:       *(en agonía)* ¡Sus manos! ¡Sus manos!

*(Al grito de Camila la música muere en discordancia. Entonces se deja oír una voz inhumana, tremenda, desde Carcosa a través del Lago de Hali.)*

El Rey:        ¡Yhtill!  
                  ¡Yhtill!  
                  ¡Yhtill!

*(El Extraño suelta a Camila, quien grita sin voz y se desploma.)*

El Rey:        ¿Habéis visto el Signo Amarillo?  
                  ¿Habéis visto el Signo Amarillo?  
                  ¿Habéis visto el Signo Amarillo?

Extraño:       *(gritando)* ¡Soy el Fantasma de la Verdad!  
                  ¡Salve, oh Rey vestido con harapos!  
                  ¡La Máscara es ya inútil en esta hora!

Su cometido era engañar; y así lo ha hecho  
aun cuando la Verdad era emitida  
por boca del Fantasma; es pues la sombra  
alargada de la misma lo que queda.

El Rey: El Fantasma de la Verdad ha de ser depuesto.  
Nuestros harapos habrán ya de ocultar a  
Yhtill por siempre. En cuanto a los demás ...

Todos: ¡No! ¡No, no!

El Rey: En cuanto a los demás,  
esto os decimos: es de cierto terrible  
acabar en las manos de un dios vivo.

*Heb. 10:31*

*(El Extraño cae, y todos se postran lentamente en el suelo tras él.)*

*(El Rey puede verse ahora, aunque sólo vagamente. Permanece erguido afuera en el balcón. No tiene cara discernible, oculta por una capucha, y es al menos el doble de alto que un hombre. Lleva un extraño calzado puntiagudo debajo de una masa de harapos desgarrados, de colores fantásticos, y una línea de algo parecido a la seda se ve surgir de lo alto de su capucha. Tras de sí parece portar una antorcha invertida con un mango incrustado de piedras, la cual emite humo, pero no luz. La forma del Rey es indefinida. A veces parece poseer alas; otras, su cabeza y cuerpo aparentan no tener una forma del todo normal. Estos detalles son difícilmente discernibles, ya que en ningún momento el Rey entra en el salón lo suficiente para poder verlo con claridad.)*

*(Tras de él, Carcosa y el Lago de Hali se han desvanecido. En su lugar, aparece un Trono de color lechoso, sobre la cual un Signo Amarillo se encuentra dibujado de alguna manera.)*

*(El resto del escenario se oscurece gradualmente, hasta que, al fin, sólo está iluminado por los restos descompuestos del Extraño, que fosforecen con una luz azulada.)*

El Rey: Yhtill ha sido engullido, y el Fantasma  
de la Verdad depuesto. Por lo tanto, las Primeras  
Cosas gobernarán el mundo ... ahora. ¡Casilda!

*(Casilda se alza en sus rodillas en silencio.)*

El Rey: Fue la Verdad que os prometió una Dinastía,  
y dinastía habréis pues de tener. El  
Reino de Hastur fue primero en el mundo,  
y el mundo gobernara; salvo esto:  
Carcosa no lo quiso. Hubo, pues, guerra;  
Hastur y Alar divididos, mas aquellos  
en Alar os enviaron el Fantasma  
y todo fue perdido.

Es cierto que vos  
habéis ya olvidado la Alianza  
del Signo. Ahora es mucho  
lo que ha de ser deshecho para siempre.

Casilda: (*débilmente*) ¿Cómo, oh Rey, cómo?

El Rey: De ahora en adelante, las Primeras  
Cosas reclamarán el Universo;  
tan sólo aquéllos que elijan la sustancia  
única y primordial de la existencia  
podrán alzarse por detrás del velo;  
la Puerta se abrirá a quienes lo pidan.

Pero es así que el mal de los mortales  
se ve dulcificado por el miedo,  
y quien reclame el fin de su existencia  
será la aldaba que a la Puerta llame.

Más allá de los tiempos, habrá guerra;  
hasta que la contienda alcance el cosmos  
oscuro e inmaterial de los Primeros  
y las ruedas del Tiempo así lo pidan.

*Esta referencia es  
clara... y horrible*

Habrá un tiempo de mísera apariencia  
tras esa Máscara que todo oculta.  
Mas habrá de acabar, con el reclamo  
del mundo y el peso de las almas.

*Y la Maldición de  
nuevo.*

Casilda: *(susurrando)* Y ... ¿hasta entonces?

El Rey: Aunque fuere Carcosa evanescente,  
os decimos: eterno es nuestro Reino  
incluso Aldebarán. Sed prevenida.  
Vuestro abuelo tomó mi Nombre en vano  
y vosotros lleváis ahora el estigma.  
Jamás habréis de pronunciar de nuevo  
el nombre de Aquél que así os gobierna.

Casilda: *(con voz desmayada)* Lo ignoraba.  
El pueblo lo ignoraba. Pues fue Aldones  
el hacedor de la Alianza en términos  
que no pudimos comprender entonces.

El Rey: Mas el Precio habrá de ser pagado.  
Este mundo tendréis, y vuestra Dinastía  
vivirá por eones incontables  
hasta que al fin la Sangre les reclame.

*La Maldición  
abarca a todos los  
descendientes.*

Naotalba: *(débilmente)* Sois magnánimo.  
Gracias, oh dios vivo, por la merced.

El Rey: ¿Vos tenéis que agradecer? Soy el dios vivo.  
Pensad vos, sacerdote. Existe un Precio,  
y la mitad de él no he anunciado.

*(Todo el mundo espera, petrificado.)*

El Rey: El Precio es: el Fijado de la Máscara.

*(Silencio.)*

El Rey: No habéis comprendido. Es nuestra Máscara  
la que habréis de llevar ahora por siempre.



Accedisteis, y la Máscara Pálida  
llevasteis, sellando vuestra suerte. Ahora  
es otra Máscara la vuestra,  
la que os espera tras la Forma muerta.

*(El Rey señala el cadáver del Extraño, que no se distingue entre las sombras.)*

*(Naotalba, con el rostro contraído por el horror, se postra de rodillas)*

Naotalba: ¡Injusto, injusto! ¡Merced! ¡Yo os he esperado!  
¡Vuestra Ley hemos guardado! ¡Es ignominia!

El Rey: ¿Por qué he de ser justo? Soy dios vivo.  
Al igual que ni nombre habéis usado,  
ahora usaréis el nombre de este mundo.

Tal es el Precio y el pago que exigimos.

Casilda: *(apenas audible)* ¡Pero la Dinastía?

El Rey: No he mentado.  
Es vuestro esposo, que Alar ya gobernara  
quien seguirá la línea; pues su Forma  
no ha de cambiar. Ellos llegaron antes.  
Suya es la Dinastía, y también vuestra  
por derecho de sangre, pues los hijos  
de ambos son, aunque pisen sendos mundos.

Por el Escápulo serán reconocidos y el Signo les reclama con los evos.

*Esto es importante, pero  
se me escapan sus im-  
plicaciones reales...*

Todos: ¡Oh!

Casilda: ¡No sobre nosotros, oh Rey; no sobre nosotros!

Todos: ¡No! ¡Piedad! ¡No sobre nosotros!

El Rey:            ¡Yhtill!  
                      ¡Yhtill!  
                      ¡Yhtill!

*(El Rey se desvanece, y con él su trono. Las Híadas y Carcosa son visibles una vez más sobre la balaustrada del balcón. La masa de corrupción que había sido el Extraño, en un rincón en sombras, se alza extraña y lentamente, con movimientos parecidos a los de una araña. El Niño huye de la multitud y, cubriendo los restos del Extraño con un manto, lo agarra de un apéndice blanquecino y se dirige con él hacia el balcón, junto al Rey. Se percibe levemente un ruido grave, resonante, en el momento en que salen.)*

Casilda:            *(alzándose e implorando con brazos abiertos)*  
                      ¡No sobre nosotros! ¡No sobre nosotros!

El Rey:            *(voz remota, alejándose)*  
                      ¡Ah! ¿Acaso pensabais seguir siendo humanos?

*(Hay una larga pausa.)*

Naotalba:        Y si no podemos regresar a lo que fuimos,  
                      ¿Qué es lo que seremos, oh Rey?  
                      ¿Qué es lo que seremos?

*(El Niño se acerca, y corre el telón.)*

**F i n**

H Inalcanzable en la Tierra.  
Profunda visión de C, quizás Lente.  
Presenció la Transformación. No  
Mutación natural, fue provocada por H.  
Tierra único mundo humano ahora.  
Invocación a H imposible.  
Es preciso Ir (comprobar XIII). Ta'Umr  
favorable para regresar.  
Muy arriesgado, quizás algún día.

K.H.